

## EL PROGRAMA DE AYER

Se han reunido los ministros en Consejo y han redactado un programa de Gobierno. La Nota oficiosa de ayer es un resumen de las buenas intenciones que han quedado en el Gabinete después de la salida de Villaverde. Pero su lectura produce decepción. Después de analizarlo, se advierte en esa Nota la inseguridad en los pasos de un Gobierno que no sabe donde va. Y como aspiración soberana, se transparenta en los párrafos incorreptos de esa prosa oficiosa el afán de producir en la opinión sensaciones efectistas.

Dos afirmaciones sintetizan el contenido de esa dilatada Nota: el Gobierno se propone mantener la nivelación de los presupuestos y acometer la reforma de los servicios públicos mediante proyectos de ley presentados a las Cortes. La primera afirmación está desmentida en la misma Nota; patrocinando aumentos cuya utilidad el mismo Sr. Villaverde no encuentra suficientemente justificada, y en otros argüese, con dudosa buena fe, que las nuevas cifras son consagración de gastos realizados, pero no previstos en los anteriores presupuestos, cuando la prosecución de la política económica adoptada exigía la supresión absoluta y radical de los orígenes de todos gastos, que escaparon a las provisiones y no debieron escapar.

La segunda oferta es una acusación contra el propio Gobierno que la formula. Al cabo de tres meses de mando los ministros experimentan la necesidad de afirmar que acometerán la reforma de los servicios defectuosos o deficientes. Debiera ser ociosa tal promesa. ¿A qué viáronse si no? ¿Con qué razones justifican lo que en otro caso sería una detentación del Poder? Lo que importa es que conozcamos en qué va a consistir esa reforma, qué estructura ha de recibir la nueva administración local, qué espíritu la enseñanza, qué desarrollo las obras públicas, qué plan la defensa de la nación. La obra de un Gobierno se caracteriza por rasgos firmes, no por incoloras vaguedades, hechura de una política sin médula ni finalidad.

Llegaron los conservadores al Poder sin concretar sus propósitos. Prometieron estudiar en las poltronas lo que debieron llevar a ellas estudiado. Tres meses después no aparece el fruto de ese estudio. Se alega aún la buena intención cuando ya debiera estar comprobada. Y con bagaje tan mezquino, solicitan los conservadores los sufragios del país. Ante las elecciones, formulan el ridículo programa de ayer. Pedirán la adhesión de los electores para las personas, no para las ideas. En las próximas elecciones se consultará al país sobre su fe en los hombres del Gabinete, no en las soluciones preparadas. Por eso el cuerpo electoral no se pondrá en movimiento; no contesta, porque no tiene que responder. Por obra y culpa del Gobierno se habrá perdido una jornada más.

## A través del mundo

Se ha inventado un aparato eléctrico denominado «acústico», que recoge y aumenta las vibraciones sonoras, en lo cual se parece al micrófono, pero además acomoda las vibraciones para que sean recibidas por el medio acústico que las transmite al cerebro, aunque falten los órganos que constituyen el oído, a los cuales sustituye el «acústico».

El resultado de un match reciente verificado en Alemania, parece demostrar que el alimento vegetal fortalece más que el de carne.

La prueba consistió en ir desde Dresde a Berlín, 200 kilómetros.

Era un campeonato internacional en que tomaban parte franceses, ingleses, rusos, austriacos, americanos y una veintena de alemanes.

Un reglamento severo prohibía a los concurrentes detenerse en el camino para dormir y solamente se les concedía una hora para comer.

La prueba hace resaltar que los primeros campeones que llegaron a Berlín se alimentaron por el régimen vegetal.

Karl Lann, el primero, de veintiocho años, hizo el recorrido en veintidós horas y cincuenta minutos, declarándose campeón del mundo.

La Princesa María del Pilar ha fundado en Munich una Asociación titulada «Legión infantil», cuyo fin es de los más elevados y caritativos.

La Princesa invita a las jóvenes pupilas de todo el mundo a que trabajen una hora semanal con destino a una Exposición de objetos, para ser luego repartidos éstos a su importe entre las jóvenes pobres.

Todas las señoras que se dirigen a la Princesa María del Pilar en Munich (Alemania), manifestando sus deseos de contribuir con su óbolo a la piadosa obra, reciben por tarjeta postal, escrita de puño y letra de la fundadora, su nombramiento y recepción en la Sociedad.

Empieza ya a organizarse en la capital de la vecina República una Exposición de antigüedades, que se celebrará en Abril del año próximo.

Se está discutiendo un reglamento para la misma y la forma de convocarla, dando toda clase de garantías y seguridades, de embalaje, transporte y custodia de vitrinas y colecciones preciosas, a cuantos con sus tesoros concurren a la futura Exposición.

Un economista ha llegado a descubrir las hojas del registro de la flota de Colón.

Las cifras que se desprenden de estos documentos son verdaderamente curiosas.

Los marineros, según su clase, ganaban de dos a tres pesos por mes, mas la alimentación; los capitanes de las carabelas, diez y seis pesos mensuales y los almirantes.

Cristóbal Colón, con el grado de almirante, tenía un sueldo anual de 320 pesos.

## EQUIVOCO DESHECHO

El Sr. Sánchez de Toca afirmó en el Consejo de ministros celebrado ayer que flota sobre todas las cuestiones de Marina, dentro y fuera del Parlamento, un equivoco funesto, que es preciso deshacer, sometiendo a las Cortes el pensamiento del Gobierno sobre el futuro régimen de la Marina militar y de sus industrias constructivas.

El señor ministro de Marina cree, naturalmente, que el pensamiento del Gobierno sobre tales materias está contenido en el libro *Del poderío naval en España*, de que es autor, y en que viene a decir que el enemigo de nuestra Patria es Inglaterra.

Y que debemos crear una Marina poderosa con objeto de vencer a los ingleses.

Y ello demuestra que los equívocos en esta materia sólo se dan en la cabeza del señor ministro: 1.º, porque la mayoría de los españoles no estamos convencidos de que sea Inglaterra nuestro enemigo, a menos de no gestionar su enemistad; 2.º, porque en caso de que así ocurriese, por fatalidad ineludible, de poco nos servirían los escasos barcos que nuestra pobreza pueda procurarse; 3.º, porque el mayor y casi el único servicio que el Estado puede hacer por ahora a la nación consiste en no estorbar el desarrollo de la riqueza pública con nuevos tributos ni con empréstitos que paralicen los capitales destinados a la agricultura y a la industria; y 4.º, porque desconfiarnos de la eficiencia de proyectos de reconstrucción naval concebidos desde Madrid, a 60 u 80 leguas de las costas, por marinos burócratas y por burocratas marinófilos.

Lo quiere más claro el Sr. Sánchez de Toca?

## LECTURAS PARA LA MUJER

MISCELÁNEA DE LOS JUEVES

Al pasar por Lyon para volver al Cabo Martín, la Reina de Sajonia ha invitado a un lyonnais a acompañarla en su vagón reservado hasta Marsella. Este individuo, M. Vicat, había sido en otro tiempo huésped eventual de la Reina durante el año terrible. La anécdota merece ser contada.

M. Vicat, con otro compañero que pertenecía a las milicias movilizadas del Ródano, fueron gravemente heridos en el campo de batalla, hechos prisioneros y enviados a Dresde. La Reina quiso recibir ella misma a los dos franceses en su castillo, prodigándoles sus cuidados con una abnegación sin límites.

Desde esta época no ha cesado de interesarse por la suerte de sus protegidos, en particular por M. Vicat, que es comerciante de Lyon y a su paso por esta ciudad se apresuró a invitarle para que la acompañase.

A propósito de la exposición de Hanoi, que acaba de cerrar sus puertas, daremos algunos detalles interesantes de las mujeres indochinas.

La mujer annamita, aun la misma esposa del mandarín, que, como se sabe, ocupa un alto cargo, es libre y vive a su capricho; sólo se exceptúan las que pertenecen a la Familia Real.

Entre las hijas del Rey, el marido y la mujer viven en el mismo barrio, pero no en la misma casa; el marido no puede visitarla más que a petición de ella.

La dirección de la casa, los cuidados de los hijos, reposan únicamente sobre la mujer; al marido llega a ser el cabeza de familia. «Mi marido hace los mandamientos—dice ella,—pero todo lo demás me pertenece».

La primera mujer es la verdadera, y todas las demás se consideran casi como siervas; los hijos denominan a éstas *mi tía*, pero dan a la primera esposa el título de *madre*.

Ahora bien; únicamente los ricos pueden permitirse el lujo de la poligamia, pues cada mujer debe poseer su casa aparte.

Hay en el Estado de New-York una cierta ciudad de Siracusa, donde las agencias telefónicas dirigen a la vieja Europa, escandalizada, las más extrañas noticias.

El año último contaban que los batallones de mujeres, perfectamente ejercitados y excluidos del matrimonio, servían de milicia, haciendo respetar las leyes.

Venimos lo que ahora se cuenta: un viejo que ha llegado a ser viudo a los ochenta y un años, se oporó su desgracia dos años, y al tercero resolvió celebrarla.

Dió con este objeto un gran banquete, en el cual los únicos convidados fueron cien viudos, todos de más de ochenta años.

El anfitrión y los cien viudos, formando un total de ochenta y nueve mil años, reunieron alrededor de grandes mesas; se ignora lo que comieron, pero aseguran que el festín fué extremadamente alegre.

Todos los octogenarios salieron tan satisfechos de esta reunión, que se prometieron los unos a los otros persistir en el estado de viudez.

De toda la historia esto último es lo que creemos más fácilmente.

El cake-walk (baile del pastel), llamado así por su origen negro, encuentra una obstinada resistencia para penetrar en algunos salones.

Quizá no sea muy justa esta hostilidad. El cake-walk puede aportar a los cotillones un elemento nuevo y pintoresco.

Bailado por gente del gran mundo pierde su carácter acrobático, como el tango, las sevillanas y la jota varían completamente bailados en un salón, de lo que son en el escenario de un café cantante.

Entre nuestra aristocracia se asegura que una linda mexicana introducirá muy pronto esta danza en sus espléndidos salones.

COLOMBINI

DE MARRUECOS

INSEGURIDAD EN LOS CAMINOS

A LAS PUERTAS DE MELILLA

DE NUESTRO CORRESPONSAL

Tánger 2 (7 m.)

Hay constantes luchas entre las kabilas vecinas a Fez.

A dos horas de distancia de la capital ha sido robado y asesinado un hebreo rico, y tal es la inseguridad en los caminos, que el hijo del ministro inglés ha suspendido su viaje a Fez.

El Rif se ha declarado abierta y francamente partidario del Roghi, quien se encuentra a ocho horas de Melilla. Amraní piden con extraordinaria urgencia que le envíen refuerzos, y se cree inminente un próximo e importante combate.

Mohamed Torres está imposibilitado de embarcar fuerzas para Melilla, por encontrarse la guarnición escoltando el dinero del empréstito. Además está indeciso por si el dejar indefenso a Tánger pudiera empeorar la situación.

El centro más importante de la rebelión aparece ahora en el Rif, donde pudieran surgir complicaciones que afectaran a España. Después de la calma relativa, a causa de la inactividad del Gobierno marroquí, aparece el Roghi a las puertas de Melilla.

La kabila de Anghera se presentó hostilmente a castigar la rifeña que ocupa los alrededores de Tánger, pretendiendo con tal castigo vengar el asesinato cometido en unos angherinos.

Los habitantes de extramuros de Tánger están muy alarmados.

Una Comisión angherina ha visitado a Mahomed Torres, pidiendo el castigo de los rifeños, y de lo contrario, amenazan con atacar a los askaris, que ocupan sitios en extramuros en previsión de los ataques de los rifeños.

Con el ceremonial reseñado por nosotros anoche y con la solemnidad y animación que también precedamos, se ha verificado a las diez de esta mañana el solemne acto de jurar la bandera los nuevos reclutas de las diversas armas de la guarnición de Madrid.

A primera hora

No ha faltado en la fiesta militar de hoy el concurso del público madrileño.

Muy temprano el toque de las cornetas de flores.

El trofeo estaba formado por diversas y preciosas armas e instrumentos militares: machetes, espadas, fusiles, palas y azadones, baías de cañón, granadas, etc. Dos pequeñas piezas de artillería de campaña y grupos de fusiles, formando pabellón, estaban colocados a los lados de la escalinata que conduce al templo.

A uno de los lados de esta había unos sillones con cojines de terciopelo, destinados al obispo de Sión y sus auxiliares.

La tribuna regia

En la plazoleta, a la derecha del altar, se colocaron magníficos sillones de seda y molduras doradas destinados a la Familia Real, personal palatino e individuos del Gobierno.

Y detrás, próximo a esta tribuna improvisada, había una tienda de campaña, donde se colocaron los ayudantes de la Reina, caballeros y otras personas de la regia comitiva.

Poco después de las diez llegaron al lugar de la jura el alcalde de Madrid, señor marqués de Portago, y el gobernador de la provincia, Sr. Sánchez Guerra.

El Gobierno

Momentos después, el jefe del Gobierno, señor Silvela, vestido con el uniforme de conde de la Corona, apareció al frente de sus compañeros de Gabinete, que también vestían de uniforme, los Sres. Dato, Falla, Salazar, Sánchez de Toca, marqués del Vado, el vicesalmirante Sr. Cámara y el general Cerero.

El Rey

A las diez y media en punto, las cornetas de los regimientos que cubrían la línea a lo largo de la Castellana, Paseo del Hipódromo, hasta la estatua del marqués del Duero, anunciaron que llegaba el joven Monarca.

Y, en efecto, D. Alfonso, montado en una preciosa jaca color alazán claro, vestido de capitán general con traje de gala y luciendo la banda de María Luisa, marchaba acompañado del Príncipe de Asturias y seguido de multitud de séquito.

El paso del Rey y de su Estado Mayor y de la Escolta Real con sus lucientes corazas y cascos brillantes, arrancó de los espectadores gritos de entusiasmo.

El Rey saludaba al público militarmente. Después de recorrer la línea, seguido de su comitiva, fué a colocarse al lado de la estatua del general Concha, dando frente al altar.

A las once menos cuarto llegó la Familia Real en carruaje.

Todos sus individuos vestían de riguroso luto.

La Reina ocupó el centro de la tribuna, teniendo a la derecha a la Infanta María Teresa y al duque de Guisa, y a su izquierda, a la

Penión morado de Castilla perteneciente al regimiento del Rey.

los regimientos y las bandas de los cuerpos de la guarnición que acompañaban a las fuerzas de la jura, dieron al vecindario la señal de que se acercaba el momento de la fiesta. En muchas casas, la pronta aparición de las mujeres en los balcones para ver pasar las tropas, daba a entender bien claro que sus moradores no habían necesitado del aviso de las músicas para madurar.

En efecto, simultáneamente con las fuerzas dirigíanse al Paseo de la Castellana, a pie, la mayor parte, y desde todas las vías de la capital, innumerable gentío de todas clases y condiciones, en cuyos semblantes por expresión madrugadora, veíase reflejada la más franca alegría.

Todos iban con cara de gran fiesta y jadeantes para tomar los mejores puestos. El Paseo de Recoletos, especialmente, era pequeño para contener la gran masa de público que caminaba en dirección del Obelisco. Aquí y allá, tropedabase en la carrera con generales galopando, seguidos de sus ayudantes; militares de diversa graduación, también a caballo, seguidos de sus ordenanzas; ayudantes de órdenes que iban y venían de un lado para otro, y formando conjunto con las notas que ofrecían jinetes y peatones, paisanos y militares, atronando el espacio señalase el aire de marciales músicas y del estridente tocar de las cornetas.

A las nueve, próximamente, las músicas y clarines de los regimientos, escuadrones y baterías anunciaron la salida de las tropas de sus respectivos cuarteles, conduciendo sin armas a los nuevos reclutas, a las órdenes de los oficiales instructores, y a las diez en punto las expresadas fuerzas ocupaban el lugar que se les había señalado en el orden de la plaza.

Las fuerzas de Infantería ocupaban las dos líneas paralelas perpendiculares al altar, instaladas en el Obelisco y dándose frente. En la de la izquierda se veían los pelotones de reclutas por orden de antigüedad de Cuerpos, formados en masa por columnas de compañía, y de escuadrón y batería los pertenecientes a las demás unidades tácticas.

En la paralela de la derecha se hallaban las banderas y estandartes de los Cuerpos con sus correspondientes escoltas de honor, en línea no continua, dando frente a sus reclutas. A la izquierda de las banderas se hallaban los ayudantes respectivos, y dando frente al altar, al pie de la estatua del marqués del Duero, se encontraba el general gobernador militar de la plaza, D. César del Villar, encargado de dirigir a los soldados la fórmula del juramento de fidelidad y defensa de la Patria.

En el Obelisco

La espaciosa plazoleta donde se levanta el Obelisco de la Castellana presentaba momentos antes de la jura de las banderas, un aspecto alegre y bullicioso.

Las calles y avenidas estaban ocupadas por el público curioso. Mujeres del pueblo y otras elegantes daban una nota alegre de color sobre la muchedumbre.

Puede decirse que el público en general era de lo más selecto.

La plaza del Obelisco estaba ocupada militarmente.

La espaciosa plazoleta donde se levanta el Obelisco de la Castellana presentaba momentos antes de la jura de las banderas, un aspecto alegre y bullicioso.

Las calles y avenidas estaban ocupadas por el público curioso. Mujeres del pueblo y otras elegantes daban una nota alegre de color sobre la muchedumbre.

Puede decirse que el público en general era de lo más selecto.

La plaza del Obelisco estaba ocupada militarmente.

La espaciosa plazoleta donde se levanta el Obelisco de la Castellana presentaba momentos antes de la jura de las banderas, un aspecto alegre y bullicioso.

Las calles y avenidas estaban ocupadas por el público curioso. Mujeres del pueblo y otras elegantes daban una nota alegre de color sobre la muchedumbre.

Puede decirse que el público en general era de lo más selecto.

La plaza del Obelisco estaba ocupada militarmente.

La espaciosa plazoleta donde se levanta el Obelisco de la Castellana presentaba momentos antes de la jura de las banderas, un aspecto alegre y bullicioso.

Las calles y avenidas estaban ocupadas por el público curioso. Mujeres del pueblo y otras elegantes daban una nota alegre de color sobre la muchedumbre.

Puede decirse que el público en general era de lo más selecto.

La plaza del Obelisco estaba ocupada militarmente.

## LA FIESTA DE HOY

# LA JURA DE BANDERAS

### El altar

En el centro, y casi apoyándose en uno de los lados del monumento, se levantaba el altar, sobre un templete y cubierto por un dosel formado por dos magníficos y antiguos tapices.

El altar, de madera tallada, estilo gótico, perteneciente al batallón Ingenieros de Ferrocarriles, estaba defendido por un trofeo militar y adornado con plantas y macetas de flores.

El trofeo estaba formado por diversas y preciosas armas e instrumentos militares: machetes, espadas, fusiles, palas y azadones, baías de cañón, granadas, etc. Dos pequeñas piezas de artillería de campaña y grupos de fusiles, formando pabellón, estaban colocados a los lados de la escalinata que conduce al templo.

A uno de los lados de esta había unos sillones con cojines de terciopelo, destinados al obispo de Sión y sus auxiliares.

La tribuna regia

En la plazoleta, a la derecha del altar, se colocaron magníficos sillones de seda y molduras doradas destinados a la Familia Real, personal palatino e individuos del Gobierno.

Y detrás, próximo a esta tribuna improvisada, había una tienda de campaña, donde se colocaron los ayudantes de la Reina, caballeros y otras personas de la regia comitiva.

Poco después de las diez llegaron al lugar de la jura el alcalde de Madrid, señor marqués de Portago, y el gobernador de la provincia, Sr. Sánchez Guerra.

El Gobierno

Momentos después, el jefe del Gobierno, señor Silvela, vestido con el uniforme de conde de la Corona, apareció al frente de sus compañeros de Gabinete, que también vestían de uniforme, los Sres. Dato, Falla, Salazar, Sánchez de Toca, marqués del Vado, el vicesalmirante Sr. Cámara y el general Cerero.

El Rey

A las diez y media en punto, las cornetas de los regimientos que cubrían la línea a lo largo de la Castellana, Paseo del Hipódromo, hasta la estatua del marqués del Duero, anunciaron que llegaba el joven Monarca.

Y, en efecto, D. Alfonso, montado en una preciosa jaca color alazán claro, vestido de capitán general con traje de gala y luciendo la banda de María Luisa, marchaba acompañado del Príncipe de Asturias y seguido de multitud de séquito.

El paso del Rey y de su Estado Mayor y de la Escolta Real con sus lucientes corazas y cascos brillantes, arrancó de los espectadores gritos de entusiasmo.

El Rey saludaba al público militarmente. Después de recorrer la línea, seguido de su comitiva, fué a colocarse al lado de la estatua del general Concha, dando frente al altar.

A las once menos cuarto llegó la Familia Real en carruaje.

Todos sus individuos vestían de riguroso luto.

La Reina ocupó el centro de la tribuna, teniendo a la derecha a la Infanta María Teresa y al duque de Guisa, y a su izquierda, a la

Penión morado de Castilla perteneciente al regimiento del Rey.

los regimientos y las bandas de los cuerpos de la guarnición que acompañaban a las fuerzas de la jura, dieron al vecindario la señal de que se acercaba el momento de la fiesta. En muchas casas, la pronta aparición de las mujeres en los balcones para ver pasar las tropas, daba a entender bien claro que sus moradores no habían necesitado del aviso de las músicas para madurar.

En efecto, simultáneamente con las fuerzas dirigíanse al Paseo de la Castellana, a pie, la mayor parte, y desde todas las vías de la capital, innumerable gentío de todas clases y condiciones, en cuyos semblantes por expresión madrugadora, veíase reflejada la más franca alegría.

Todos iban con cara de gran fiesta y jadeantes para tomar los mejores puestos. El Paseo de Recoletos, especialmente, era pequeño para contener la gran masa de público que caminaba en dirección del Obelisco. Aquí y allá, tropedabase en la carrera con generales galopando, seguidos de sus ayudantes; militares de diversa graduación, también a caballo, seguidos de sus ordenanzas; ayudantes de órdenes que iban y venían de un lado para otro, y formando conjunto con las notas que ofrecían jinetes y peatones, paisanos y militares, atronando el espacio señalase el aire de marciales músicas y del estridente tocar de las cornetas.

A las nueve, próximamente, las músicas y clarines de los regimientos, escuadrones y baterías anunciaron la salida de las tropas de sus respectivos cuarteles, conduciendo sin armas a los nuevos reclutas, a las órdenes de los oficiales instructores, y a las diez en punto las expresadas fuerzas ocupaban el lugar que se les había señalado en el orden de la plaza.

Las fuerzas de Infantería ocupaban las dos líneas paralelas perpendiculares al altar, instaladas en el Obelisco y dándose frente. En la de la izquierda se veían los pelotones de reclutas por orden de antigüedad de Cuerpos, formados en masa por columnas de compañía, y de escuadrón y batería los pertenecientes a las demás unidades tácticas.

En la paralela de la derecha se hallaban las banderas y estandartes de los Cuerpos con sus correspondientes escoltas de honor, en línea no continua, dando frente a sus reclutas. A la izquierda de las banderas se hallaban los ayudantes respectivos, y dando frente al altar, al pie de la estatua del marqués del Duero, se encontraba el general gobernador militar de la plaza, D. César del Villar, encargado de dirigir a los soldados la fórmula del juramento de fidelidad y defensa de la Patria.

En el Obelisco

La espaciosa plazoleta donde se levanta el Obelisco de la Castellana presentaba momentos antes de la jura de las banderas, un aspecto alegre y bullicioso.

Las calles y avenidas estaban ocupadas por el público curioso. Mujeres del pueblo y otras elegantes daban una nota alegre de color sobre la muchedumbre.

Puede decirse que el público en general era de lo más selecto.

La plaza del Obelisco estaba ocupada militarmente.

La espaciosa plazoleta donde se levanta el Obelisco de la Castellana presentaba momentos antes de la jura de las banderas, un aspecto alegre y bullicioso.

Las calles y avenidas estaban ocupadas por el público curioso. Mujeres del pueblo y otras elegantes daban una nota alegre de color sobre la muchedumbre.

Puede decirse que el público en general era de lo más selecto.

La plaza del Obelisco estaba ocupada militarmente.

La espaciosa plazoleta donde se levanta el Obelisco de la Castellana presentaba momentos antes de la jura de las banderas, un aspecto alegre y bullicioso.

Las calles y avenidas estaban ocupadas por el público curioso. Mujeres del pueblo y otras elegantes daban una nota alegre de color sobre la muchedumbre.

Puede decirse que el público en general era de lo más selecto.

La plaza del Obelisco estaba ocupada militarmente.

La espaciosa plazoleta donde se levanta el Obelisco de la Castellana presentaba momentos antes de la jura de las banderas, un aspecto alegre y bullicioso.

Las calles y avenidas estaban ocupadas por el público curioso. Mujeres del pueblo y otras elegantes daban una nota alegre de color sobre la muchedumbre.

Puede decirse que el público en general era de lo más selecto.

Una compañía del regimiento del Rey formó guardia de honor ante el altar, y la banda del mismo regimiento ejecutó apropiadas piezas musicales todo el tiempo que duró la misa, que fué oída por todos con gran fervor.

El momento de alzarse

Ha sido, puede afirmarse, uno de los instantes más interesantes de la fiesta.

A un toque de corneta, al elevar el sacerdote la Sagrada Forma, oyéronse los acordes de la Marcha Real, tocada por las bandas de todos los regimientos.

Rindíronse las banderas. Arrodilláronse las tropas. Presentaron armas los jinetes. Prostráronse las Reales personas, el Gobierno, los altos dignatarios... Rindióse, en suma, por grandes y pequeños, por Reyes y magnates, por generales y soldados, el supremo homenaje a Aquel en cuyo nombre había de exigirse después a los soldados nuevos la demanda del juramento que iban a prestar.

La jura

Terminada la misa, bajó del templete en que había sido colocado el altar, el señor obispo de Sión, y acompañado del clero castrense que asistía al oficiante, se dirigió al sitio en que se encontraba S. M. el Rey y la princesa mayor del Ejército.

A los acordes de la Marcha Real, la bandera del regimiento del Rey, que ocupaba el primer puesto de la línea, salió de ésta con su guardia de honor.

El teniente Sr. Ampudia, que la llevaba, como el más antiguo, dirigióse con su escolta al Estado Mayor.

El pabellón nacional, tremolando al aire, fué unánimemente saludado en su triunfal paso.

Prodíjose entonces un movimiento de ansiedad en el público, que por un momento alteró el orden en las filas.

Al llegar la bandera ante S. M. el Rey y colocada a la izquierda del general gobernador que había de recibir el juramento, éste puso la espada sobre el asta del pabellón, y pronunció con voz sonora la fórmula reglamentaria en la forma que transcribíamos anoche.

Los comandantes de los Cuerpos dieron la voz de mando y todos los reclutas, produciendo un clamoreo que recorrió toda la línea, respondieron:

«Sí, juramos».

El obispo de Sión pronunció las frases a que su cometido le obliga, y de que, también anoche dimos cuenta, y la bandera, pasando nuevamente ante las filas de reclutas, volvió a situarse a la cabeza de la línea.

Dada la orden, formaron los pelotones de reclutas, cruzaron su espada los ayudantes sobre las banderas de sus respectivos Cuerpos, colocados enfrente de cada pelotón, y los soldados, uno a uno, fueron desfilando, con la cabeza descubierta, para besar la cruz en señal de fidelidad, y pasando bajo los pliegues del pabellón, en señal de que éste los admite como











